

ELEMENTOS DE LA PROFECÍA CON RELACIÓN A LA IGLESIA, LOS JUDÍOS Y LOS GENTILES

Todas las citas bíblicas se encierran entre comillas dobles ("") y han sido tomadas de la Versión Reina-Valera Revisada en 1960 (RVR60) excepto en los lugares en que, además de las comillas dobles (""), se indican otras versiones, tales como:

BTX = Biblia Textual, © 1999 por Sociedad Bíblica Iberoamericana, Inc.

LBLA = La Biblia de las Américas, Copyright 1986, 1995, 1997 by The Lockman Foundation, Usada con permiso.

RVR1977 = Versión Reina-Valera Revisión 1977 (Publicada por Editorial Clie).

VM = Versión Moderna, traducción de 1893 de H. B. Pratt, Revisión 1929 (Publicada por Ediciones Bíblicas - 1166 PERROY, Suiza).

El primer punto grande y capital es tener el fin y el designio de Dios clara y establemente en mente, de modo que esté constantemente ante nosotros como la llave y la prueba de todo. Ya que "ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada . . . sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo." (2ª. Pedro 1: 20,21). La gloria divina es siempre el objeto de todas las cosas; pero yo hablo ahora del resultado de los consejos divinos en los cuales Dios se glorifica a Sí mismo. Ahora bien, esto es conocido totalmente en Cristo en las varias glorias en las que Él es revelado. En la iglesia, el cargo del Espíritu Santo, el cual inspiró a los santos hombres de antaño, es tomar las cosas de Cristo y hacer que nosotros las sepamos. Por eso, aunque Jerusalén, o Israel, o incluso la iglesia, pueden ser aquello en relación con lo cual Cristo puede ser glorificado, es solamente como estando relacionadas con Él que ellas adquieren esta importancia. Así también sucede con la Palabra, incluso de las Escrituras del Antiguo Testamento: todas ellas son para hacernos sabios "para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús." (2ª. Timoteo 3:15). Por otra parte, como es evidente que sólo esto da, a cualquier tema que pueda ser mencionado, su verdadera y justa importancia, del mismo modo, si Jerusalén está relacionada con Cristo, con Sus afectos y Su gloria, Jerusalén se vuelve importante; y yo obtengo en su relación con Cristo, en la medida en que comprendo Su gloria, la llave para interpretar todo lo que se dice de ella. Ella tiene, en la mente de Dios, su desarrollo en relación con la manifestación de Su gloria.

En los tiempos de Israel puede que haya habido ciertas manifestaciones de los tratos gubernamentales de Dios, importantes para la fe y para el sometimiento de ellos a Dios, las cuales fueron, por cierto, cumplimientos parciales de tal o cual profecía. Pero estas manifestaciones, aunque verdaderas, y aunque la investigación las puede descubrir, se pierden, en cierto sentido, en la suma del esquema completo de todo lo que finaliza en Cristo. Observarlas en su lugar puede ser históricamente interesante e instructivo, en lo que se refiere a los tratos de Dios, pero para nosotros ellas se convierten en historia — historia importante, interesante — no profecía.

El primer punto a comprender es, entonces, que ni la iglesia, ni Jerusalén, ni los Gentiles, son, en sí mismos, los objetos de la profecía, aun menos Nínive, o Babilonia, o algo parecido, sino Cristo. Pero esto es lo que nos presenta el verdadero alcance y el verdadero entendimiento de la real importancia y lugar de cada sujeto; a saber, como Cristo va a ser el centro en el cual se reunirán todas las cosas, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra, varios sujetos llegan a ser el ámbito de Su gloria, como estando

relacionados con Él, y cada sujeto es colocado en su lugar en relación con Él, y mediante esta relación yo obtengo el medio para comprender qué es lo que se dice acerca de ello. De este modo, si la iglesia es la esposa del Cordero, es en este carácter y en esta relación que yo debo aprehender lo que se refiere a ella. Si Jerusalén es la ciudad del gran Rey, es en esto que yo obtendré la llave a los tratos de Dios con ella. Si los santos van a vivir y reinar con Cristo, y van a ser sacerdotes y reyes para Su Dios y Padre (Apocalipsis 1:6 – LBLA), encontraré aquí el entendimiento de lo que se refiere a ellos en este carácter: no unidos al Esposo, sino asociados con el Rey y Sacerdote. Y así también con lo demás.

No sólo es esta la única manera de comprender la profecía en cuanto a los objetos de ellos, sino, siendo correctos los afectos, el entendimiento es claro — el ojo es sencillo y el cuerpo lleno de luz. Yo veo con Dios en el asunto. Ya que Él considera a Cristo; y la profecía se vuelve así santificadora, no especulativa, debido a que lo que ella enseña se vuelve, para el alma, una parte de la gloria de Cristo. No se logra sobrestimar la importancia de esto. Yo no debiese tener que persuadir a Cristianos acerca de la verdad de esto; pero de buena gana lo haría acerca de su importancia. Esto, sin embargo, es la obra de Dios. Objetivamente, puedo citar Efesios 1: 9-11, como declarando esta gran verdad según el propósito de Dios.

Puedo intentar presentar ahora algunos de los temas principales, o puntos de referencia, para el estudio de la profecía; es decir, de la revelación de los modos de obrar de Dios para consumir Su gloria en Cristo. Observen que ningunas circunstancias actuales, aunque puedan ser históricamente instructivas y también confirmadoras de la fe, pueden ser la consumación apropiada de la verdad profética; debido a que, aunque puedan llevar a ello, bajo el gobierno supervisor de Dios, y ser una lección en la época y después, no se las identifica con la manifestación de la gloria de Dios en Cristo, ni tampoco los objetos en los cuales esa manifestación tiene lugar (ya que estamos suponiendo cosas cumplidas previamente). Esto demuestra que, en el cumplimiento, todo se encuentra, necesariamente, en los actores de la escena al final, cuando el juicio será plenamente manifiesto, no en la medida de la fe inteligente, sino por los actos públicos de Dios, es decir, lo que Su juicio es; y como este juicio es sobre el mal madurado, el carácter completo de esto (cuyos principios han estado obrando desde el principio, siendo discernidos espiritualmente, juzgados parcialmente como para prorrogar el poder de ellos para el cumplimiento de los designios de la gracia de Dios) — yo digo que la plenitud del fruto de estos principios será mostrada entonces, y Dios será justificado públicamente en Sus juicios delante de todos, así como también introduciendo la bendición, desechando el poder el mal, y remplazándolo por Su propio reino en el bien. Y esta es la amplia diferencia moral de nuestro estado actual, así como la de los santos verdaderos en todos los tiempos, con el estado del siglo venidero. Nosotros tenemos el poder de Dios internamente, por medio de la gracia y por El Espíritu, para cumplir con la voluntad y hacer efectiva la gloria de Dios en medio del mal mientras este subsiste; mientras que, entonces, es decir, por la presencia de Cristo, el mal será quitado mediante poder, y el bien estará a sus anchas.

El sencillo comentario siguiente que tengo que hacer es que, aunque la relación del cielo con la tierra pueda estar descubierta para nosotros, en la medida que el cielo y aquellos que están allí son revelados como el poder gubernamental establecido (es decir, que hay, en la sede de gobierno situada en lo alto, objetos de revelación especial), aun así el tema

correcto de la profecía es la tierra, y el gobierno que Dios ejerce sobre ella. Y es sólo en la medida que la compañía celestial está relacionada con el gobierno de la tierra que los que componen dicha compañía se convierten en tema colateral de la revelación profética.

Además, la providencia no es el tema de la profecía. Por providencia quiero decir el ordenamiento del curso de todas las cosas por el poder divino, de modo tal que todos los resultados que suceden en el mundo son conforme al propósito y a la voluntad divinos. A menudo inescrutable para nosotros en sus razones e incluso en los medios que ella emplea, y dejando oscuro el gobierno de Dios, con todo, ella es cierta para la fe, y es aquello por lo que permanece cierto que Dios no puede ser burlado—"pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará." (Gálatas 6:7). La fe reconocerá la mano de Dios en muchas cosas, y cree que ella está en todo; pero para el mundo esto está oculto. Ciertos principios, universales con Dios en su aplicación, son verificados por medios como este, "La justicia engrandece a la nación." (Proverbios 14:34). Los hombres de este mundo no ven nada de la influencia de las causas morales sobre el resultado, o, si es que ellos ven las causas, el resultado que resulta de ello es que ellos se adjudican el resultado. Y Dios es excluido. Su acción y gobierno inmediatos son excluidos. Ahora bien, los sujetos de la profecía son lo contrario de esto. Los productos públicos de Dios, viniendo en poder, son revelados. Ellos son, o bien el día de Jehová (o día del Señor), o bien los resultados característicos que lo producen — un juicio que el hombre tiene que reconocer como siendo de Dios. Pues bien, es evidente que el día de Jehová (o día del Señor), propiamente hablando, finaliza la historia de este mundo; es lo opuesto de aquel curso secreto de gobierno que se lleva adelante, y de cuyos controles surge nuevamente la soberbia del hombre para proseguir su curso de maldad. Cuando Dios comienza a obrar, "debajo de él se abaten los que ayudan a los soberbios." (Job 9:13).

Yo no niego que ciertas intervenciones judiciales grandes y notables son llamadas, en un sentido subordinado, "el día de Jehová" o "el día del Señor", en virtud de la analogía práctica de ellas con aquel tiempo del cual se dirá, "solo Jehová será exaltado en aquel día." (Isaías 2:17). Pero incluso estas intervenciones están en contraste con el curso del gobierno providencial, el cual, en su idea misma, no interrumpe sino que regula el curso normal de los acontecimientos. Estas son profecías que, para algunos, pueden parecer referirse al curso de la providencia, pero estas confirman, de un modo notable, la diferencia.

Tomen los diez cuernos. ¿Cuál es la historia providencial de estos cuernos, tal como suele ser aplicada por los comentaristas? Azotes, que continuaron algo así como ciento cincuenta años desde el primero hasta el último, obrando para derrotar al Imperio Romano, como se había establecido previamente, y estableciéndose ellos mismos como conquistadores en todo su territorio Occidental. Podemos inquirir, si lo hacemos humildemente, con utilidad, ¿por qué se permitió este azote? ¿Fue el mal público civil, o la corrupción de la iglesia? ¿Qué causas morales llevaron a ello? ¿Cómo ejecutó dicho azote el juicio moral de Dios sobre el mal? ¿Por qué se salvó el Oriente de este azote? ¿De qué manera ello abrió paso a una tiranía espiritual más terrible que aún no se había visto en la tierra?

Tomen el relato profético (Daniel 7; Apocalipsis 13). Una bestia sube del mar con diez cuernos todos totalmente crecidos, después de lo cual sube un cuerno pequeño, y la bestia, los cuernos y todo, son los sujetos del juicio de Dios, no sus ejecutores. Esto es profecía; aquello fue providencia. Tenemos lo que caracteriza al objeto de la profecía y su juicio, y la razón de ello. Toda la parte providencial, de la cual los comentaristas han tejido un inmenso sistema, es dejado afuera — así también lo de la estatua (Daniel 2). Todo está allí de inmediato, la aplicación de ella a los imperios es presentada, el carácter de cuatro, los objetos finales del juicio en los pies y en los dedos, y la ejecución. No encontramos nada acerca del curso providencial de los acontecimientos, mediante el cual uno toma el lugar del otro.

He tomado los casos que parecerían presentar el mayor espacio para ello, y acerca de los cuales los hombres han dicho más. ¿Y con qué resultado? Con un resultado tal que, si se toma como un cumplimiento literal, un niño puede ver la discrepancia. ¿Qué analogía entre una guerra de ciento cincuenta años para destruir un imperio, y diez reinos, todos en plena energía y pleno crecimiento, subiendo de él y formando parte de él como el símbolo de su fuerza?

En el Apocalipsis, antes del final, encontramos, en los sellos, las trompetas, y las copas, juicios sumarios ejecutados con severidad progresiva, antes de que el Rey venga a destruir a la bestia: juicios infligidos por Dios; pero no encontramos, en la Escritura, historia providencial. Son todos apropiados juicios sumarios inmediatos, aunque no son más que preparatorios, e introductorios, infligidos en las circunstancias o en las personas de los hombres de este mundo — sobre los impíos. Se ve la mano de Dios. Pero no hay explicación alguna de las causas o del curso providencial. Encontramos el estado moral de ellos, excepcionalmente, en aquello de lo que rechazan arrepentirse en un caso; pero, en general, el curso de los acontecimientos no es guiado por la providencia para ordenar bien todas las cosas, sino que es la tierra sometida a la venganza judicial de Dios. Ningún lector cuidadoso puede cuestionar esto. El fin de la providencia es el ordenamiento actual del gobierno de Dios para llevar a cabo Sus designios. La historia Apocalíptica consiste de juicios infligidos.

Además, podemos añadir que la providencia se ocupa de la disciplina diaria de los hijos de Dios. La profecía trata de los juicios de Dios (quitando de Su vista a aquellos que juzga) y de la bendición plena de Su pueblo. Yo no pienso que se pueda afirmar que alguna profecía hable de un curso de acontecimientos aplicado a Su pueblo mientras ellos son reconocidos. La aproximación más cercana es Isaías 9:7 a 10:25; pero estos son juicios infligidos, y ningún curso de la providencia.

De este modo, habiendo hablado de los asuntos de la profecía moralmente, puedo pasar a los asuntos que ella abarca.

Además de la creación, de la cual Él es la cabeza, en la que podemos incluir a los ángeles, existen tres ámbitos en las que se muestra la gloria de Cristo — la iglesia, los Judíos, y los Gentiles. La iglesia, hablando de manera apropiada, no es el tema de la profecía. En cuanto a la profecía del Antiguo Testamento, el Nuevo declara, de la manera más absoluta y positiva, que era ella un misterio oculto en todos los siglos, y revelado ahora a los apóstoles y profetas (*N. del T.: del Nuevo Testamento*) por el Espíritu (Efesios 3:4). La iglesia

pertenece al cielo, es el cuerpo de Cristo sentado allí, y mientras Él esté sentado así. La profecía se relaciona con la tierra. La iglesia es vista, es cierto, cuando ella toma parte en el gobierno de la tierra por esa razón; y las bodas del Cordero y la descripción de la Jerusalén celestial presentan la época de la cual data el carácter de esta relación con la tierra.

En el Nuevo Testamento, la relación de la iglesia con Cristo hizo que el Espíritu Santo permaneciera en ella, y comunicara la luz necesaria acerca de su posición mientras espera al Señor. No hubo presencia de Dios alguna unida a las instituciones formales subsistentes, en coherencia con lo cual una serie de profetas iba a recordar a un pueblo (necesariamente, mientras ellos subsistieron, el pueblo de Dios). En un aspecto, no obstante, aunque la iglesia no era el tema apropiado de la profecía, mientras ella subsistiera, como reconocida por Dios, se predicen ciertas cosas relacionadas con ella; es decir, su decadencia y corrupción, como una actual advertencia moral, pero esto pasa a ser la mera impiedad apóstata, como un claro objeto de juicio.

Por eso es que cuando, yo no dudo, y un vasto número de Cristianos creen, el Señor presentaría un retrato de la historia de la iglesia como un cuerpo exterior en la tierra, en un estado, en su mayor parte, que Él no podía reconocer, en absoluto, como Su cuerpo celestial, Él selecciona, con sabiduría divina, siete iglesias que proporcionaban el carácter moral de los estados en los que ella caería sucesivamente, y enfatiza moralmente Sus juicios sobre ellas. Pero no se hace de esto un tema positivo de la profecía. Independientemente de cuál pueda ser nuestro juicio de la parte subsiguiente del Apocalipsis, la cual trata de acontecimientos posteriores al período de las siete iglesias, dicha parte consiste, ciertamente, de juicios sobre el mundo, no de alguna profecía acerca de la iglesia, excepto como se declara al final. Existe el hecho sencillo de que la bestia vence a ciertos santos, y que da muerte a dos testigos. Ninguna profecía de la propia iglesia se encuentra en el curso del Apocalipsis. Fue correcto presentar estos hechos.

La razón es evidente para uno que sabe lo que la iglesia es. Ella no es del mundo. Ella está, como tal, sentada en lugares celestiales en Cristo, allí donde la profecía no llega. Ella jamás será establecida en la tierra, como lo serán los Judíos. No es su vocación. El gobierno de Dios jamás la establecerá allí en paz. Su bendición para ella será sacarla de la tierra, para recibir al (o al encuentro del) Señor en el aire. Yo no niego una aplicación parcial del Apocalipsis a aquello que tiene el nombre de iglesia, pero que es el poder del mal en el mundo, pero esto no hace de la iglesia un objeto de la profecía. Por consiguiente, nosotros encontramos, como hemos dicho, a la iglesia en el cielo al final en relación con la tierra, cuando todo esté unido en Cristo; pero no encontramos relato alguno de algunos tratos de Dios para establecerla, o un progreso hacia algún tipo de resultado. Ella va a reinar con Cristo, y a padecer con Él.

Los restantes ámbitos de la exhibición de la gloria del bendito Señor son los Judíos y los Gentiles, súbditos en diferentes grados de Su gobierno terrenal, así como la iglesia era la exhibición plena de Su gracia soberana en la redención, la cual la sitúa en lugares celestiales en Cristo, "para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús." (Efesios 2:7). Esta distinción está llena de interés. El hombre no es gobernado al ser introducido en la iglesia. Él es tomado como un rebelde pecador perdido, como un aborrecedor de Dios, un hijo de ira, sea él

Judío o Gentil, y colocado en el mismo lugar que ocupa Cristo. Esto no es gobierno, es gracia. Los Judíos son el centro del gobierno inmediato de Dios, mostrado moralmente según Su voluntad revelada. Los Gentiles son llevados a reconocer Su poder y soberanía mostrados en Su trato con ellos. Yo hablo de la cosa, hablando con propiedad, en su carácter revelado; ya que cada pecador en todas las épocas, es salvado como tal, individualmente, por gracia, y cada Cristiano está bajo el gobierno inmediato del Padre como perteneciendo a la familia celestial; pero incluso así, el objeto del gobierno es diferente. Con respecto al Cristiano, es para prepararlo para el cielo; con respecto a los Judíos, por el contrario, es para mostrar la justicia de Dios en la tierra: Yo hablo de ellos como un cuerpo o pueblo. Cristo y la iglesia padecen por causa de la justicia, y reinan. Los Judíos, como un pueblo, padecen por causa del pecado, y el resultado de la historia de ellos será, "Ciertamente hay galardón para el justo; Ciertamente hay un Dios que juzga en la tierra." (Salmo 58:11 – RVR1977).

Además, la profecía no es aplicable a un estado donde el pueblo de Dios, responsable bajo el gobierno de Dios, camina bien, de modo que Él puede bendecirles como andando bajo Su propia mirada en testimonio de Su favor. Esta intervención especial, porque eso es una profecía semejante, es aplicable al caso del fracaso de ellos. Por eso, cuando Siloh fue derrotada y el arca tomada, Samuel fue levantado, de quien el Señor dice, "todos los profetas desde Samuel en adelante." (Hechos 3:24) Este carácter de la profecía es completamente evidente al leer los profetas, los cuales dirigieron sus profecías al pueblo en general. De hecho, su principio es evidente. Pero, si ellos mostraban al pueblo sus transgresiones, señalaban constantemente al Mesías, el gran Libertador. Así es en el cántico de Ana (1º. Samuel 2: 9, 10), donde el gobierno del mundo por parte de Jehová en soberanía [*] y la exaltación del Mesías son expuestas plenamente. Así que, históricamente, Samuel fue levantado ante el fracaso y la ruina de Israel, y David fue introducido. La profecía juzga al pueblo en su responsabilidad, y anuncia el propósito soberano de Dios.

[* Será bueno que el lector consulte este pasaje, el cual, como introducción del nuevo orden en Israel, presenta el carácter de la profecía en una manera notable.]

Pero esto me lleva a mencionar dos caracteres de la profecía, surgiendo, en lo que se refiere a los Judíos, de dos posiciones diferentes en las cuales los encontramos en la Escritura: en primer lugar, un pueblo más o menos reconocido plenamente por Dios, (Dios actuando entre ellos sobre principios de gobierno conocidos); en segundo lugar, un pueblo rechazado por un tiempo (siendo confiado a los Gentiles el poder soberano en la tierra – véase Isaías 39, Oseas 1:9). Este último período da forma a "los tiempos de los gentiles." (Lucas 21:24).

Me limito, por el momento, a los Judíos. Dios, mientras Él pudo, en cualquier modo, reconocer a Su pueblo, se dirigió directamente a ellos. Hasta la época de Nabucodonosor, el trono y la presencia de Dios estuvo en medio de Israel. Desde aquel período, el poder soberano en la tierra dejó de ser ejercido de manera inmediata por Dios y fue confiado al hombre, entre aquellos que no eran Su pueblo, en la persona de Nabucodonosor. (Daniel 2). Este fue un cambio de importancia inmensa, tanto con respecto al gobierno del mundo, como con respecto al juicio de Dios sobre Su pueblo. Ambas cosas muestran el camino a los grandes objetivos de la profecía desarrollados al final — la restauración, a

través de la tribulación, de un pueblo rebelde, y el juicio de un incrédulo y apóstata jefe Gentil del poder. No obstante, la relación anterior de Israel y las naciones es dejada afuera; pero debemos introducir otro punto de suma importancia para el desarrollo de esto.

Hemos visto que Israel, como entre la nación y Jehová, había sido infiel, y la palabra Icabod fue escrita sobre ella (1º. Samuel 4: 21, 22); el arca de Dios, Su gloria y la fuerza en Israel, fue entregada en manos del enemigo; los enemigos fueron dejados en la tierra por la infidelidad de ellos. Pero Dios entra, en gracia soberana, y levanta a David, figura de Cristo, el cual fue del linaje de él según la carne, rey de Israel en gracia y liberación. Al surgir el mal en sus descendientes, la mayor parte de Israel se rebela contra el rey de su familia: dos tribus se quedan, y un remanente de ellos es traído de regreso desde Babilonia, Cristo es presentado y rechazado. Por tanto, dos cosas brindaron la ocasión para el juicio de Israel — idolatría y rebelión contra Jehová, y el rechazo de Cristo.

Habiendo sacado a la luz este segundo terreno de juicio, yo lo dejo por el momento, para considerar el terreno anterior, la rebelión contra Jehová. Israel debiera haber sido el testimonio de la bienaventuranza de estar en una relación semejante con el Señor. "¡Dichoso el pueblo a quien así sucede; sí, dichoso el pueblo cuyo Dios es Jehová!" (Salmo 144:15 - VM). Israel, por el contrario, aprendió las costumbres de los paganos; sí, se volvieron más corruptos que ellos, y el Señor permitió que las naciones circundantes los atacaran y los afligieran. Esto tuvo su pleno desarrollo en las diez tribus; la tribu de David, levantada en gracia, siendo por un tiempo un apoyo para Judá. Aunque todas las naciones circundantes tuvieron su parte en estos ataques, la principal en cuanto a resultado fue Asiria (o Asur). Por consiguiente, al final, este poder triunfa enteramente contra Israel e invade Judá, defendiendo el Señor defendiendo al final sólo a Jerusalén, donde el hijo de David era un sostén en justicia. Aun así, si Israel había merecido todo este castigo, estas varas de castigo habían despreciado, en su animosidad, al Señor, a Su pueblo, y a Su trono. Asiria, especialmente, se había exaltado a sí misma contra Aquel que la despedazó con esto. Por eso, ellos mismos se convirtieron en los objetos del juicio destructor.

Todos estos elementos se encuentran al final, aunque tienen un cumplimiento histórico parcial con Nabucodonosor ejecutando el juicio en aquel tiempo. Las naciones invadirán el país. El Asirio, en particular, será el azote de Dios como un torrente desbordante, y tendrá lugar el doble acontecimiento; primero Judá y Jerusalén, luego (por medio de un ataque antes del fin [*] — demostración de su aplicación al final) todo el pueblo será abrumado; pero después, cuando el Verdadero Hijo de David estará allí, y la tierra será verdaderamente la tierra de Emanuel, Jerusalén será preservada y todas estas naciones serán juzgadas. Jerusalén las hollará como gavillas en la era. Estas vastas circunstancias abren, bajo la enseñanza de Dios, una vasta cantidad de profecías de las cuales Isaías presenta el curso más completo y ordenado, ocupándose, otros profetas, de diversas partes de dicho curso.

[* Habrá dos ataques. Jerusalén será hollada por el primero; en el segundo, Cristo estará allí, y tiene lugar el juicio. Isaías y Zacarías son claros en cuanto a esto.]

Pero nosotros sabemos que la familia de David, en sí misma, habiendo sido colocada responsablemente sobre el Trono del Señor en Jerusalén, fue infiel, y el pecado de Manasés (2º. Reyes 21), hizo que el gobierno de ellos fuese insoportable para Jehová. Judá fue quitado de Su vista, tal como Israel lo había sido. Pero entonces, ¿qué quedó del ámbito del gobierno directo de Dios en base a una ley dada? Nada. Su gloria dejó Jerusalén y la tierra, pues ella había llenado el templo de Jerusalén. (véase Ezequiel 10). Este juicio fue, entonces, de un carácter y de una importancia de mucho más peso. Este juicio sacó el gobierno de Dios de sobre la tierra, y confió el poder a la cabeza de los Gentiles. Israel fue desechado por un tiempo. Pero a Judá, providencialmente restaurado de una manera parcial, le fue presentado el Mesías, pero, como hemos visto, ellos Le rechazan, declarando que no tienen más rey que César. (Juan 19:15). Esto situó a Judá bajo el poder Gentil, no sólo como un castigo por su rebelión contra Jehová en la persona de su Rey y del linaje de David, sino sobre el terreno de su propio rechazo del Mesías prometido y el hecho de asumir al Gentil como cabeza de ellos.

En consecuencia, esto tiene también su cumplimiento en el juicio de los últimos días. La parte Gentil especial de ello apenas se alude en los profetas, los cuales se dirigen a Israel como siendo más o menos reconocido. Ello es el tema de Daniel y, podemos añadir, del Apocalipsis, por una razón que añadiremos ahora mismo. En los últimos días, Judá es visto en la profecía bajo la opresión de la cabeza del poder Gentil, engañado y oprimido por un falso Cristo. Pero Dios considera aún a Israel como Suyo, habiéndolo hecho pasar a través de la más profunda tribulación. Aquellos que, por medio de la gracia, se aferran al Señor, invocan Su nombre, y reciben la palabra del Espíritu de Cristo, en lugar de unirse a la idolatría con los Gentiles y su jefe, serán librados. Y el poder apóstata Gentil y el falso profeta serán juzgados.

Otro elemento se introduce aquí. Por el rechazo de los Judíos, como sabemos, entró el Cristianismo. Pero ¡es lamentable! el hombre fue tan infiel aquí como lo fue en el Judaísmo. El misterio de iniquidad se puso en acción temprano en el tiempo de los apóstoles, resultando en una apostasía, y los diez reyes del mundo Gentil peleando con el Cordero. (Apocalipsis 17: 12-14). En una palabra, una apostasía pública en el ámbito de la profesión Cristiana y la revelación del hombre de pecado, la guerra abierta de la bestia y los reyes asociados con él contra el Señor, entraron como un elemento de los acontecimientos de los últimos días, completando el carácter y la descripción del poder Gentil, que había tomado el lugar del trono de Dios en Jerusalén, y a quien Él había confiado la autoridad en el mundo. Esto, con sus antecedentes, es lo que proporciona el Apocalipsis del volumen profético.

El resultado de la destrucción de este poder, así como también el del Asirio y el de otras naciones, es el establecimiento de Israel en la tierra en bendición bajo Cristo, siendo restablecido así el trono del Señor en seguridad en Jerusalén. La destrucción del poder Gentil no llega enteramente hasta este último período. Por eso es que Daniel, el cual trata acerca del período de poder Gentil, jamás habla del milenio. Se hace que él llegue sólo hasta la liberación, y se detenga allí. El efecto de la destrucción del poder Gentil es reunir al Señor, Jerusalén e Israel, y luego viene el juicio del Asirio y de los varios enemigos que se han levantado contra el Señor y Su pueblo. Esto introduce el reinado pleno de la paz. [*] La relación de ellos con Israel ha llevado, en muchos aspectos, a la anticipación de lo que se refiere a los Gentiles. No obstante, será bueno hablar también de ellos.

[* Con respecto a Israel, el efecto moral es este. Para salvarlos del azote abrumador (o "turbi6n del azote"), Jud4, que habfa rechazado a Cristo, se asociar4 con el Anticristo y con los Gentiles ap6statas, e incluso se unir4 en la idolatrfa; pero el azote, sin embargo, pasar4. Un remanente, despreciado, sufriente, y rechazado, retroceder4 ante esto, reconocer4 a Jehov4, y crecer4 gradualmente en m4s luz, pero en medio de tal angustia como jam4s la hubo. Cuando toda esperanza es excluida y el enemigo est4 llegando nuevamente ensoberbecido, el Se6or aparecer4 y los salvar4, y se ocupar4 de ellos contra todos sus enemigos.

Con respecto a las diez tribus, a lo menos el gran cuerpo de ellas, su historia no ser4 esta. Habiendo determinado ser semejantes a los Gentiles, Dios no la ha permitido; ellas no est4n bajo el Anticristo, ni extirpadas en la tierra, sino que son llevadas, al igual que Israel saliendo de Egipto, bajo la vara de Dios, y los rebeldes son extirpados de modo que no entran. Israel y Jud4 estar4n, entonces, bajo Una Cabeza, la cual reunir4 de todas partes a cualquiera dejado en diversas tierras.]

En la Escritura tenemos un car4cter doble de los Gentiles, como ya se habr4 visto: la oposici6n de ellos al pueblo de Dios cuando ellos tenfan este car4cter, a lo menos externamente; y la soberbia, y la rebeli6n, y la opresi6n de ellos ejercida hacia los que habfan llevado el nombre de Su pueblo, cuando el poder les fue dado por parte de Dios. La diferencia de estos dos estados fue grande. Hasta el tiempo de Nabucodonosor, varios reinos y naciones fueron reconocidos como tales en el gobierno providencial de Dios, aunque dejados, moralmente, enteramente a ellos mismos, siendo su existencia el fruto de Su propio juicio en Babel.

Israel era el centro de este sistema general. Siendo reconocido como Su pueblo ("A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra." Am6s 3:2), habiendo el Se6or establecido, al separar los hijos de Ad4n y al asignar a las naciones su herencia, los lfmities del pueblo segun el n6mero de los hijos de Israel (Deuteronomio 32:8). Pero Israel, habiendo fracasado en esta posici6n, y las naciones, Asiria especialmente, habiendo sido culpables de lo malo, Dios juzga a todos ellos, porque "Al cetro de mi hijo lo desprecia como a cualquier vara..." (Ezequiel 21:10 – BTX), y, ¿C6mo puede subsistir lo dem4s? Todo el orden gubernamental es desechado, y con Israel se pierde la independencia de todas las naciones; dondequiera que habiten los hijos de los hombres, el dominio de Ad4n es colocado en las manos de la cabeza de los Gentiles. De todas estas naciones, que existieron con anterioridad a Nabucodonosor (adem4s de lo cual Isafas 18 se refiere a algun pueblo no identificado fuera de sus lfmities, y Ezequiel introduce al norte6o Gog en su incursi6n en los 6ltimos dfas), la historia y el juicio en los 6ltimos dfas son presentados en los profetas; y se las encuentra, En una u otra manera, hostiles para con Israel, y reunidas contra Jerusal6n en el 6ltimo dfa. En general, encontramos que Zacarfas 12 y 14, Isafas 30, Miqueas 4, y otros pasajes, revelan la reuni6n de las naciones contra Jerusal6n. Pero estos pasajes revelan tambi6n que ella es tomada una vez, y no una segunda vez, porque el Se6or est4 allf y la defiende. Las naciones mismas son juzgadas. En esto, la soberbia arrogante de las naciones es quebrantada, asf como la de Israel, (que, excepto el remanente, ha buscado ayuda lejos de Dios, y ha sido quebrantado y oprimido) es derribado por sus propios juicios. E independiente de la manera en que las naciones pueden haberse exaltado, se las encuentra inclin4ndose ante la soberanf4 y el poder de Dios, y reconociendo que 6l est4 en medio de Israel, a quien ellas habfan despreciado. Los que se libren reconocer4n a Jehov4 en Sion cuando 6l haya aparecido — Sion establecida en paz por la presencia de Jehov4.

Esa es la historia de las naciones, como tales, pero la estatua (o las bestias) es, además de todo esto, una historia clara, como hemos visto, y también un claro tema profético. El hombre utilizó el poder que Dios le confió para exaltarse a sí mismo contra Él, para oprimir a Su pueblo y para hollar Su santuario. Y esto no fue todo: la última bestia en particular, ensangrentó sus manos (vanamente lavadas delante de los hombres) en la sangre inocente del Hijo de Dios, y se asoció así con la parte apóstata del pueblo Judío.

¡Lamentablemente! esto no fue todo. El misterio de iniquidad obrando en medio de la iglesia llevó allí la apostasía, y malos hombres, que entraron encubiertamente, sacaron a la luz el carácter peculiar de aquellos que van a ser juzgados por Cristo en Su venida (o manifestación) en el día postrero. Esta apostasía brindó la ocasión al surgimiento del hombre de pecado, la expresión plena de la perversidad del corazón humano bajo todo el poder de Satanás. No reconociendo a Dios alguno, haciéndose pasar por Dios, engañando como un falso Cristo mediante señales y prodigios; ese es el fin religioso del hombre dejado a sí mismo; todo esto asociado con, y manteniendo, el poder público de Satanás en la tierra. Tal es el último carácter del poder de los Gentiles allí donde el Cristianismo había sido introducido. Este poder tendrá, de inmediato, una forma Gentil atea y apóstata, creciendo de, y acompañado por, formas Cristianas apóstatas. Los últimos actos rebeldes y de auto exaltación de poder en Jerusalén harán descender la ruina sobre el jefe y sus partidarios por la manifestación del Señor Jesús. A partir de allí, seguirá a continuación aquello de lo que ya hemos hablado — la toma del poder real en Israel por el Señor Cristo, y la destrucción de todos los enemigos que se habrán reunido contra Él.

Aquí es donde encontramos a la iglesia en la profecía. Una vez celebradas las bodas del Cordero con la iglesia que ya ha ascendido a lo alto, los santos vienen con el Señor sobre el caballo blanco a la destrucción triunfal de la bestia y del falso profeta. Y la iglesia es vista entonces en su relación con la tierra en bendición, como la Jerusalén celestial (Apocalipsis 19 - 21): contraste sorprendente con la relación corrupta y corruptora de Babilonia con los reyes de la tierra, que finaliza en que las naciones y la bestia la aborrecen y la destruyen.

En esta escena de ayes, que precede a la destrucción de la bestia, encontramos en los profetas un remanente de Judíos, los cuales, en la profundidad de su angustia, recurren y aprenden a recurrir más y más, a Jehová, siendo animados y enseñados por el Espíritu profético de Cristo. A esto es aplicable al cuerpo completo de los Salmos, presentándonos, además de la compasión de Cristo por ellos, las varias expresiones de ello. Isaías 65 y 66 se extienden acerca de este remanente. Otra circunstancia de la cual habla la profecía debe ser mencionada aquí. Antes de la ejecución de un juicio, habrá dentro del círculo del mal especial, y afuera de él, un testimonio de Dios. Estos no deben ser confundidos. En la primera mitad de la última semana de Daniel, habrá un testimonio rendido al Dios de la tierra. La bestia, levantándose en su última forma, pondrá fin a esto, añadiendo esto a sus otras iniquidades, para agradar a los hombres y proseguir su carrera de maldad incontrolada. Durante la última media semana no hay ningún testimonio, salvo el rechazo a adorar la bestia. Habrá, a la vez, un testimonio del reino que viene, enviado entre las naciones, para que todos los que tienen oídos para oír, puedan, por medio de la gracia, escapar del juicio venidero. Esto da ocasión al juicio de Mateo 25. Para esto el lector puede consultar Mateo 24:14; Apocalipsis 14; Salmo 96.

El resultado será el establecimiento pleno de lo que estaba ensombrecido, o más bien de lo que estaba relacionado con la responsabilidad del hombre, en la condición previa — a saber, la bendición plena de ese pueblo y el trono del Señor en Jerusalén; pero se añade allí lo que estaba en sombras en el poder Gentil—el dominio pleno del Hijo del Hombre sobre el mundo. Queda por añadir, que la profecía el Antiguo y el Nuevo Testamento declara igualmente que Satanás será atado, lanzado desde lo alto (desde donde él ha corrompido incluso el bien que Dios ha colocado en manos de los hombres), y de la tierra poco después. Él es encerrado en el abismo insondable, y la bendición del mundo es ininterrumpida hasta que es soltado nuevamente. Aun entonces no parece que los santos sufrirán. Ellos estarán reunidos aparte de los que son seducidos. El juicio de los muertos sigue a continuación, y los cielos nuevos y la tierra nueva, el reino intermedio finalizado y entregado, y la familia del postrer Adán disfrutando de la plena bendición eterna adquirida para ellos por su Cabeza.

J. N. Darby

Collected Writings Volume 11, Prophetic 4.-

Traducido del Inglés por: B.R.C.O.- MAYO/JUNIO 2014.-

www.graciayverdad.net